



AINKAA

Revista de Estudiantes de Ciencia Política
Volumen 2 - Nº 3 / ISSN: 2590-7832
Enero - junio de 2018

Dialéctica de estrategias, la espiral de la Guerra Fría: el caso del ELN y las Fuerzas Militares colombianas

Susana Gil Jaramillo
Universidad Nacional de Colombia





AINKAA

Dialéctica de estrategias, la espiral de la Guerra Fría: el caso del ELN y las Fuerzas Militares colombianas

Susana Gil Jaramillo¹

Resumen

El presente artículo no intenta hacer una historia detallada de las Fuerzas Militares colombianas o del Ejército de Liberación Nacional, solo intenta hacer una pequeña muestra de cómo sus acciones se han configurado a partir de un contexto y de las estrategias de su adversario, nunca por decisiones aisladas. Además, intenta aportar a la demostración de que la historia no es lineal, su desarrollo es más que todo dialéctico por la misma naturaleza de la sociedad que la mueve. El desarrollo de este objetivo dejará entrever que las tácticas y estrategias adoptadas por la contrainsurgencia a través de tres décadas —sesentas, setentas y ochentas—, no fueron las mayores responsables del debilitamiento de la insurgencia armada, ni siquiera mediante las estrategias de incorporación de civiles ni con la intensificación de la guerra, y que el declive en los territorios inmediatos se debió, en parte, al accionar de los grupos insurgentes que se alejaba de las orientaciones iniciales, así como por los errores cometidos en la proyección de fortalecimiento militar.

Palabras clave: Contrainsurgencia, Insurgencia, Guerra Fría, Ejército de Liberación Nacional, Fuerzas Militares.

1. Estudiante de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, integrante del Semillero Crítica de la Economía Política de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas. sgilj@unal.edu.co

Cuando no se hace posible distinguir el inicio de una partida entre dos fuerzas, es decir, cuando no se puede determinar quién actuó primero y quién le siguió; cuando, además, esas fuerzas deciden cómo actuar a partir del accionar de la otra, estamos hablando de una relación dialéctica, de una afirmación en la determinación del accionar, de una negación en la confrontación y de una afirmación en la negación, y por ende, de una espiral de acciones a través de estrategias y de tácticas. Teniendo presente esto, es mucho más probable que al hablar de un conflicto no se haga desde una visión unívoca, sino que se tenga presente la necesidad de considerar todas las partes involucradas para comprender por qué alguna de ellas actúa de cierta manera.

En el caso específico de la insurgencia y contrainsurgencia en Colombia, aunque enmarcados en una serie de sucesos en toda Latinoamérica, es bastante comentada la influencia que tuvieron —y tienen— los Estados Unidos en las reconfiguraciones de las Fuerzas Militares, como también, la influencia de ciertas experiencias revolucionarias en los grupos insurgentes. Esto nos hace decir que, a esa determinación de acciones a partir del oponente, debe añadirse el análisis del contexto espacio-temporal en el que se encuentran inmersas las partes, que siempre está sujeto al interés objetivo de ciertos sectores sociales, a nivel nacional e internacional, de preservar las relaciones imperantes.

Este artículo intenta ejemplificar lo anterior a partir de lo que otros autores han documentado sobre la estrategia insurgente y contrainsurgente, contrastando esa

información con algunas fuentes primarias que dan cuenta de cómo en la práctica coincidieron el cambio de accionar de las fuerzas a partir de las estrategias y tácticas del adversario, como también del cambio del contexto nacional e internacional. El material de evidencia comprende tres décadas que se enmarcan en la Guerra Fría: sesentas, setentas y ochentas, para mostrar cómo se estableció un accionar tanto de las Fuerzas Militares como del Ejército de Liberación Nacional en un primer instante (sesentas) —afirmación—, cómo se aplicó (setentas) —negación— y cómo cambió a partir de la experiencia pasada (ochentas) —afirmación en la negación—.

Al no tener acceso a archivos militares, se orientó el rastreo a partir de *Militares y Guerrillas, La memoria histórica del conflicto armado en Colombia desde los archivos militares 1958-2016* (Ugarriza y Pabón, 2017), y se obtuvo la información de las estrategias y el accionar de las Fuerzas Militares del diario conservador y muy afín a estas, *El Siglo*, que además permite ver la “coincidencia” con la contrainsurgencia de Estados Unidos; mientras que el estudio de la configuración y reconfiguración del accionar del ELN se orientó a partir del texto de Aguilera (2006), como también a partir de una entrevista realizada al ex comandante del Frente Bolcheviques del Líbano, Jairo Fuentes, y a quien fue el segundo al mando del Frente Resistencia Cimarrón, alias “Mateo”, integrantes del Colectivo de Presos Políticos Camilo Torres Restrepo.

Por último, la ejemplificación de la dialéctica de accionares nos permitirá entrever que, como afirman Jairo Fuentes y

“Mateo”, las tácticas y estrategias adoptadas por la contrainsurgencia a través de tres décadas —sesentas, setentas y ochentas—, no fueron las mayores responsables del debilitamiento de la insurgencia armada, ni siquiera con las estrategias de incorporación de civiles ni con la intensificación de la guerra, y que el declive en los territorios inmediatos se debió, en parte, al accionar de los grupos insurgentes que se alejaba de las orientaciones iniciales, así como por los errores cometidos en la proyección de fortalecimiento militar.²

Algunas consideraciones teóricas: el proceso contrainsurgente

A pesar de que la Guerra Fría estuvo marcada por una bipolaridad ideológica y político-económica, el episodio de la Crisis de los Misiles, que terminó en un pacto entre la Unión Soviética y Estados Unidos, hizo entrever que la lucha en América no sería más contra un enemigo externo sino contra uno interno (Calvo, 2007: 108). De esta manera, cada país tuvo cierta autonomía relativa en esa lucha, es decir, sí

hubo una influencia de Estados Unidos en la “exterminación del comunismo”, pero la clase política de los países latinoamericanos se convirtió en algo más que un títere y los actores regionales se apropiaron del lenguaje, objetivos e instrumentos típicos de la Guerra Fría (Harmer, 2014) que se acomodaron a sus propios intereses.

Así pues, no puede creerse que los países latinoamericanos fueron simples receptores de las doctrinas contrainsurgentes de Estados Unidos, ya que hubo todo un proceso dentro del Estado y dentro de las fracciones de la clase dominante para la apropiación de esas medidas. Esto hace imprescindible establecer algunas anotaciones sobre la adopción de las estrategias contrainsurgentes, para comprender hasta qué punto se dio esa coincidencia con las de países hegemónicos a nivel mundial y regional.

En este apartado no se menciona el proceso de aceptación de estrategias de los grupos insurgentes debido a que, a pesar de todos los cuestionamientos que se puedan hacer a la democracia de los Estados modernos, la existencia de estos restringe las decisiones de una fracción de la clase dominante para que no impacten directamente con los intereses de otra, como también para no poner en peligro las relaciones sociales imperantes. Esta democracia entre fracciones de la clase dominante ralentiza el proceso de adopción de ciertas medidas, algo que no sucede dentro de las organizaciones insurgentes —por su estructura menos rígida pero no necesariamente antidemocrática— y que, de algún modo, pone en desventaja a la contrainsurgencia. Un ejemplo que ilustra lo anterior es el lento proceso para la mo-

2. En la revisión del artículo, “Mateo” hace la siguiente anotación: “si bien los errores en nuestro accionar facilitaron la implementación de los planes contrainsurgentes, no es posible definir una causa determinante en el debilitamiento, más bien este fue el resultado de una situación multicausal que incluyó interpretación inadecuada de la coyuntura, inexperiencia en el manejo de situaciones adversas, errores de acción nuestros, ofensiva enemiga, entre otros”.

dernización y expansión de las Fuerzas Militares a mediados de los ochentas, cuya demora se dio mientras aumentaba el poderío militar de las guerrillas con la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar.³

Ahora bien, ¿cómo se da el proceso decisorio entre aquellos que se benefician del accionar de la contrainsurgencia? Lo primero que debemos establecer entonces es qué se defiende. La retórica imperante en la propaganda contrainsurgente se basa en la defensa de la patria, de las instituciones y del orden; lo interesante es que para quienes crean este discurso no se trata simplemente de retórica, en efecto, están defendiendo la patria encarnada en las instituciones y mantenida por el orden, pero ¿por qué?

El hecho de que las fracciones de la clase privilegiada estén defendiendo al Estado, no significa que estén defendiendo a un ente autónomo, a un juez o a un administrador racional, más bien están defendiendo al Estado “como correlación de fuerzas condensada materialmente” (Franco, 2009: 147), como ese campo de juego en el que siempre han defendido sus intereses, entendidos en un sentido “objetivo y relacional, es decir, como constituido en el marco de relaciones conflictivas y desplegado, por consiguiente, en relación con otros y en oposición estratégica a otros” (Franco, 2009: 144).

La defensa de esos intereses, entonces, siempre está mediada por ciertas tácticas y estrategias que interactúan con esa correlación de fuerzas cristalizada en las instituciones, para así blindar con la oficialidad esos

intereses y, en últimas, el orden establecido. Así pues, basándonos en Jessop (2001), quien habla sobre la calculación estratégica por parte de los actores (agencia) y la selectividad estratégica inscrita en las instituciones del Estado (estructura), los actores tienen la capacidad de reflexionar sobre la manera de incidir en el campo estratégico que es el Estado, teniendo en cuenta la estrategia de otros actores como la de las mismas instituciones. Estas últimas dan acceso en la estructura —selectivamente— a determinadas tácticas y acciones, dependiendo de su materialidad institucional.

Teniendo como base lo anterior, podría decirse que hay unos intereses en común entre las fracciones de la clase dominante —la preservación de las relaciones sociales establecidas para el ejercicio del poder político y económico— que son seleccionados por las instituciones estatales para su preservación, claramente marginando los intereses de la clase subordinada. A esta selección se suma el proceso de escogencia de tácticas y estrategias, que puede darse dentro de instituciones cerradas a unos sectores —ministerios— o dentro de instituciones más diversas —congreso—, lo cual significará un proceso burocrático más o menos demorado.

Así pues, se hace evidente que la adopción de las medidas contrainsurgentes de otros países no ocurre como simple imposición, sino que hay todo un proceso de por medio que restringe ciertos aspectos o los refracta, pues, si bien el Estado ajusta sus fronteras y sus características a partir de pugnas entre clases y fracciones de clase, este tiene una autonomía relativa, es decir, el

3. Esto se evidencia tanto en Ugarriza y Pabón (2017) como en las notas del diario *El Siglo* del año 1987.

poder del Estado también se deriva del Estado como garante de una relación social. De esta manera, el mismo crea una coraza que le permite refractar las acciones que intentan penetrarlo —un cambio en la sociedad no tiene un impacto inmediato en el Estado—.

Esto explica por qué el *Latin American Security Operation* (LASO) terminó implementándose como *Plan Lazo*, con la justificación de que “se trataba de ‘enlazar’, de llevar a cabo un cerco militar para desactivar las regiones de influencia comunista” (Pizarro, 2004) o por qué los manuales de contrainsurgencia, que llegaron de Estados Unidos en la década del sesenta, no se implementaron al pie de la letra, teniendo poca influencia las organizaciones armadas de civiles que recomendaban hacer (Zelik, 2015) y que solo se implementaron de manera significativa a mediados de los ochentas.

El ejercicio del poder político y económico por parte de la clase dominante se ve amenazado cuando las acciones de la clase popular se tornan significativas, por lo que la contrainsurgencia busca el mantenimiento de ese ejercicio de poder. Pero mantener la relación dominio-sujeción necesariamente significa incrementar el ejercicio del poder, es decir, “el resguardo de lo detentado y de aquello que lo fundamenta, lo cual sólo [sic] es posible a través de su incremento” (Franco, 2009: 144), debido a “que esta búsqueda de preservación y acumulación de poder es consecuencia del carácter coercitivo de la lógica misma del poder, y no una simple expresión de voluntarismo” (Franco, 2009: 146). Esta coerción del poder es lo que, en últimas, impulsa la espiral de estrategias.

Sesentas, la configuración de estrategias: la afirmación

El ELN a la “vanguardia”

El viaje a Cuba de algunos estudiantes colombianos en 1962⁴ significó, en el nacimiento del Ejército de Liberación Nacional, una gran influencia en su accionar con la Teoría del Foco y la Guerra de Guerrillas que implementó el Movimiento 26 de Julio (M-26) para derrocar a Batista. Esta influencia cubana marcó la transición y transformación de las guerrillas liberales, ya que a los campesinos, antiguos guerrilleros seguidores de Rafael Rangel y trabajadores petroleros de Santander —que reivindicaban las tradicionales exigencias de tierra y trabajo digno—, se les unían estudiantes que pugnaban por el ambiguo nacionalismo que representó Fidel Castro al inicio de la Revolución Cubana (Pettina, 2010) y todo lo que ello conllevaba.⁵

4. Véase Medina, C. (2010). *FARC-EPY ELN. Una historia política comparada (1958- 2006)*. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/3556/1/469029.2010.pdf>

5. El nacionalismo particular de la Revolución Cubana tenía algunas de sus bases en la Constitución de 1940 y desembocó en las reformas agrarias, de propiedad, etc., que se implementaron en los primeros años de gobierno de Fidel Castro. Para comprender la influencia de este nacionalismo y anhelo constitucional en el ELN, véase el Manifiesto de Simacota y la Declaración programática del ELN en Corporación Observatorio para la Paz. (2001). *Las verdaderas intenciones del ELN*. Bogotá: Intermedio.

En todo caso el ELN, con su ciega creencia en el foquismo como estrategia para llevar a cabo sus objetivos, se constituyó en un primer momento como una guerrilla doctrinaria, vertical y autodestructiva. Aguilera (2006), basado en diferentes documentos internos de esta organización⁶, expone las concepciones del primer ELN en cuanto al foquismo, el papel de la insurgencia armada y la insurgencia civil.

Un sector del ELN⁷, obstinado en seguir tal cual las enseñanzas del M-26, consideraba que las condiciones objetivas para la revolución estaban dadas, por lo que la organización solo debía dedicarse a la lucha armada y subordinar, de esta manera, lo político a lo militar. Así pues, se construyó la idea de que el movimiento armado, y su eje constituido por el campesinado, era la vanguardia del proceso revolucionario. Además, se tenía la creencia de que:

La organización revolucionaria se generaría espontáneamente del campo a la ciudad para alcanzar el poder en una “guerra prolongada” y por la “vía insurreccional”. Este proceso implicaba una subordinación de

6. Para mencionar algunos: documentos del Frente de Guerra Oriental, del Frente de Guerra Nororiental, de la Dirección Nacional, ponencias del Primer Congreso de la UC-ELN, El Militante Opina.

7. Históricamente la responsabilidad del militarismo, verticalismo e intransigencia del primer ELN ha recaído sobre Fabio Vázquez, cometiendo el error de personalizar todos los problemas de la organización en los sesentas y setentas. Sin embargo, no se puede negar la figura de Vázquez en la autodestrucción y la purga interna que acabó con posiciones divergentes en la forma de hacer como la de Víctor Medina Morón.

la militancia urbana a los mandatos de la guerrilla rural y su reducción a un apéndice logístico. En esta división del trabajo, el trabajo asignado a la red urbana era simplemente el de formar cuadros para asegurar el crecimiento de la guerrilla rural, el acopio de la información y la consecución de recursos. (Aguilera, 2006)

Esto, finalmente, se vio reflejado en la forma de evaluar su operatividad, que no se basaba en su acumulado político sino, simplemente, en el número de armas “recuperadas” (Aguilera, 2006). Pero, a pesar de todas las críticas que se puedan hacer a estas concepciones y acciones, se debe también contextualizar y matizar esas críticas, tener en cuenta, como dice el mismo comandante del ELN, Nicolás Rodríguez Bautista, alias “Gabino”, que las condiciones al principio eran muy precarias y no se tenían muchas claridades teóricas; era apenas una transición de guerrilla liberal a guerrilla con un proyecto revolucionario más definido. Además, la misma precariedad generó una constante relación entre los campesinos de la zona y el primer ELN, que rompe de algún modo la crítica que no admite más que blancos y negros sobre su concepción vanguardista:

Cuando se han hecho análisis en abstracto, donde dicen que nos separamos de la población civil y asumimos una actitud vanguardista, pues hombre, sin dejar de reconocer errores de vanguardismo, de alejamiento de las masas, de militarismo, a mí me parece que todas las realidades vividas por nosotros objetivamente logramos desarrollarlas por el

apoyo pleno de la base campesina cercana a nosotros. Ese fue un acierto, así el pueblo colombiano no supiera ni pío de que esto estaba arrancando; lo sabía, lo reconocía y lo aceptaba la masa que teníamos alrededor. (Rodríguez Bautista, 1993)

Por otra parte, ese accionar característico de las guerrillas, de atacar y de huir, de aprovechar su desventaja militar para ganar el apoyo de civiles o para ser más rápidas y flexibles que los ejércitos regulares del Estado, marcó el inicio del ELN y, a diferencia del foquismo, ha prevalecido en sus tácticas incluso cuando la organización propuso regularizarse. Esta característica de guerra irregular fue tan efectiva en los sesentas y setentas que los ejércitos a nivel mundial y, específicamente de Estados Unidos y de Colombia, vieron la necesidad de cambiar la forma de combatir a la insurgencia armada.

La contrainsurgencia, por la conquista de las mentes y los corazones

Para la defensa de sus intereses, es decir, para la preservación del orden existente, la clase dominante utiliza las tácticas y estrategias que sean necesarias, incluso aquellas medidas que atentan momentáneamente contra esos mismos intereses. La posible y amenazante emergencia en Occidente del ideal de la socialización de la producción y de la redistribución de riquezas, incentivada por la influencia creciente de los “países comunistas”, empujó a las clases y a los Estados capitalistas a cambiar el con-

junto de acciones que regularmente existían para proteger la cristalización de las relaciones imperantes.

En los sesentas, entonces, hubo una gran convergencia de fracciones de clase a nivel regional y se comenzaron a implementar una serie de medidas para contrarrestar el deseo de esos sectores de la sociedad, que consistían en darles un poco de aquello que querían, un poco de aquello que cuando falta, crea el clima perfecto para los procesos revolucionarios. Así pues, comenzó a hablarse de la reducción de la pobreza a través de una cruzada interamericana que, bajo el nombre de Alianza para el Progreso, fue la bandera del gobierno de Kennedy, e incluso, la históricamente conservadora Iglesia Católica cambió su discurso para contribuir con la nueva forma de contrainsurgencia mediante el Concilio Vaticano II, que se anunció en 1959 y se desarrolló hasta mediados de la década de 1960, determinando el accionar y la posición de la iglesia hasta la década de 1980.

En toda América Latina, comenzó a hablarse entonces de reformas para garantizarle mejores condiciones de vida a los menos privilegiados, haciéndose gran énfasis en los campesinos y en la reforma rural, la cual fue bastante impulsada por Estados Unidos en el marco de la Alianza para el Progreso, siendo el cénit de este impulso en 1961 con “la Carta de Punta del Este (Uruguay), suscrita por todos los presidentes de América Latina, [que] acordó como sexto objetivo “‘impulsar la reforma agraria integral’ para todos los países signatarios de la declaración” (Gómez,

2017: 226). Aunque en algunos países la reforma agraria sí prosperó y se materializó en cierto sentido, aquello sucedió por un consenso de las fracciones políticas y económicas dominantes de los países, y no simplemente porque fue una imposición o recomendación de Estados Unidos.

En Colombia, la fuerte y tradicional clase terrateniente significó un gran obstáculo para las demás fracciones de clase que sí se beneficiaban de una reforma de este tipo, como la clase capitalista industrial que estaba apenas en la transición de clase social basada en la renta, a clase social productiva al ver oportunidades de inversión en el campo con la agroindustria. Así pues, el empujón de Estados Unidos hizo posible la tramitación de la Ley 135 de 1961, la Ley de Reforma Social Agraria, pero la real composición de la sociedad colombiana, en la que la clase terrateniente seguía estando dentro del bloque en el poder, impidió la asignación de recursos y facultades a los organismos encargados de su implementación (Uribe-López, 2013) y, por ende, impidió el funcionamiento de la misma.

Para 1967, cuando se estaba discutiendo cómo agilizar los trámites que establecía la Ley 135, el diario conservador *El Siglo*, publica el día 2 de junio una nota sobre las palabras ante la Comisión III del Senado de Ernesto Borda, vocero de asociaciones agrícolas del Tolima, titulada “Solicitan una Reforma Agraria Integral”, en la que se puede percibir una posición acorde a la reforma al narrar cómo el presidente de esa comisión intentó acallar a Borda y, en la que se dan los siguientes datos:

En Colombia la agricultura produce el 71% de las exportaciones, ocupa el 53% de la fuerza de trabajo colombiana y el ingreso bruto nacional deriva de ella un 32%. Pero a pesar de ello este frente de la actividad económica carece de la mayoría de los servicios, aún los más [sic] elementales, como se demuestra por el hecho de que en cuanto a la salubridad pública la mortalidad sobre cada mil niños que nacen vivos es de 84; en la dieta alimenticia diaria faltan 360 calorías y 19 gramos de proteínas para llegar al límite para subsistir. También mencionó que “hay un médico por cada 2.000 habitantes y únicamente tres camas de hospital para cada mil personas” y concluyó diciendo: “Esto es lo que recibe el campo, a pesar de su decisivo aporte al progreso nacional y al desarrollo económico”. (*El Siglo*, 1967)

Lo anterior permite ver que, incluso, algunos sectores conservadores se habían alineado con la estrategia interamericana de la contrainsurgencia a través de reformas, denunciando en sus periódicos las falencias que se viven en el campo y, en últimas, contribuyendo a la presión por cambios sociales. Un mes después, el 12 de julio, y con motivo de un seminario con asistencia de varios prelados sobre la reforma agraria, *El Siglo* saca en primera plana el titular “Económico y Social ha de ser el Desarrollo”, que resalta el compromiso de la Iglesia Católica en la transformación del campo y en general con el progreso social.

Pero a la par que se construía la apariencia de bienestar en los países de América Latina desde todos los frentes, los ejércitos del continente detectaban la necesidad

de adoptar nuevas tácticas y estrategias para “exterminar” las recién conformadas guerrillas con proyectos de una sociedad diferente. En el caso de la gran influencia contrainsurgente, no es paradójico que haya sido Kennedy quien impulsara la irregularización de las Fuerzas Militares estadounidenses a través de las fuerzas especiales y las labores de inteligencia.

Famosa era su relación con los *Green Berets*, como también su discurso afirmando que “[l]a subversión es otro tipo de guerra, [...] Estamos obligados a emplear una nueva estrategia para contrarrestar[la], una fuerza militar diferente, una preparación y adiestramiento militar nuevos y distintos” (como se citó en Calvo, 2007); discurso que pronunció ante la Academia Militar que, en un primer momento, se constituyó para el entrenamiento en la guerra psicológica, y que luego incluso pasaría a tener el nombre del ex presidente, llamándose *U.S. Army John F. Kennedy Special Warfare Center and School* desde la década de los ochentas.

De esta manera, las estrategias tomadas por Estados Unidos pueden resumirse desde Zelik (2015), quien comenta que las campañas anticomunistas llevaron al ejército de ese país a introducir conceptos de guerra irregular y que se planteó que “las tropas norteamericanas debían ser capacitadas para intervenir en conflictos de manera rápida y flexible sin, por ello, provocar una gran guerra devastadora” (pág. 45), además de mencionar el trabajo social y la guerra mediática.

Paralelamente en Colombia comenzó a darse el proceso de reestructuración

del Ejército tanto en lo militar como en su proyección social, estando esto relacionado con el Batallón Colombia que regresaba de la Guerra de Corea impregnado de la idea de modernización, debido a la gran maquinaria y a las diferentes estrategias que presenció en dicha guerra, como también a la Conferencia de Ejércitos Americanos impulsada por el Comando Sur de Estados Unidos en 1960, en donde el General que hizo parte de tal Batallón, Alberto Ruiz Novoa, propuso la Acción Cívico-Militar (Calvo, 2007: 91-92). Lo anterior se evidencia en las discusiones sobre la renovación de la estructura y las estrategias dentro del Ejército colombiano a principios de esa década, donde se planean:

“aplicar sistemas y modos de la lucha contraguerrilleras que evitaran la relativa rigidez de las operaciones regulares”. En su evaluación, consideraba que “así como las guerrillas condicionan su acción a la nuestra, al Ejército le corresponde hacer lo propio: volverse irregular. Es decir, recurrir a los procedimientos, sistemas, modalidades flexibles y cambiantes, a la vez que se simplifican y aligeran sus medios, equipo y organizaciones, conservando tan sólo [sic] aquellos elementos orales, psicológicos y materiales que constituyen una ventaja positiva sobre las fuerzas irregulares”. (Comando del Ejército 1963, op. cit., 32) (Ugarriza y Pabón, 2017: 53)

Así pues, la “contrainsurgencia social” y la guerra no convencional iban juntas en este periodo. Mientras se implementaban ciertas medidas de la Alianza para el Progreso o im-

pulsadas en el marco de la misma, el vaso de leche diario para los niños, los colegios INEM⁸ —como Jairo Fuentes y “Mateo” en entrevista comentaban haber sido beneficiarios—, la Reforma Agraria, entre otras, y mientras la Iglesia, con toda su influencia en América Latina, predicaba su mensaje de la opción por el pobre, el Ejército fundaba escuelas de fuerzas especiales —como la Escuela de Lanceros en Tolemaida— y comenzaban a planear la forma en la que se harían flexibles e irregulares. Además, el Ejército adquiría al tiempo todas las funciones tradicionales del Estado, desde la Acción Cívico-Militar hasta los Consejos Verbales de Guerra. Lo primero tuvo el propósito, como lo afirmó años después Álvaro Valencia Tovar en entrevista con Alejo Vargas, “que los campesinos que habían visto un ejército que los perseguía entendieran que eso ya había pasado, que eso era de bárbaras naciones” (como se citó en Calvo, 2007: 92).

Es interesante entonces que, a pesar que los militares no ejercieron el mismo poder en comparación con los de otros países latinoamericanos, la ejecución de tareas que en lo normativo siempre han es-

tado a cargo del Estado, específicamente el juzgamiento de civiles, les permitió ejercer poder de manera significativa. Esto coincide con la Doctrina Francesa de Seguridad Nacional que, si bien fue desarrollada en el país europeo y en Estados Unidos en la década del sesenta, solo se implementó de manera formal en Colombia desde 1978 con el Estatuto de Seguridad Nacional. Dicha doctrina incluía un discurso vehemente sobre el enemigo interno y la seguridad nacional, inculcado a militares mediante entrenamiento y manuales contrainsurgentes, como también a la población civil a través de la prensa y la propaganda. “Como se trata de la seguridad nacional, las Fuerzas Armadas se convierten en su expresión suprema, para lo cual las élites le favorecen el traspaso y concentración de poderes” (Calvo, 2007: 106).

Francisco Leal Buitrago, en uno de sus tantos trabajos sobre la Doctrina de Seguridad Nacional, establece que esta fue una variante de los países suramericanos que sostenía “la idea de que a partir de la seguridad del Estado se garantizaba la de la sociedad. Pero una de sus principales innovaciones fue considerar que para lograr este objetivo era menester el control militar del Estado” (2003: 74). Para el caso de Colombia, país que no tuvo regímenes militares después de 1957, esta Doctrina y sus concepciones se adoptaron parcialmente o, como dice Leal, “de manera fragmentada” pero, a pesar de que las “instituciones militares [...] se mantuvieron subordinadas al poder civil” (2003: 75), las características principales fueron evidentes.

8. Véase Decreto 1962 de 1969. Considerando: Que el Gobierno Nacional, para atender a la mayor demanda de educación media y a la necesidad de mejorar su calidad en consonancia con las modernas tendencias educativas y a las necesidades del país, ha venido preparando un programa de institutos de educación media diversificada; que en la tarea de investigación, programación y preparación de personal docente y administrativo para estos institutos se ha tenido la asistencia técnica y financiera del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) y de la Agencia Internacional de Desarrollo (AID).

Es entonces en este contexto que se desarrolla el Plan de Operaciones Lazo —como se referencia en Ugarriza y Pabón—, es decir, las líneas estratégicas que se llevarán a cabo desde 1962 hasta finales de los setenta en las operaciones militares contra “bandoleros”, “antisociales” y “comunistas”. Con respecto al origen de este plan, se ha establecido desde hace mucho la “certeza” de su procedencia norteamericana como Plan Lazo y, aunque no es absurda esta suposición, la falta de un respaldo documental pone en consideración las declaraciones de Álvaro Valencia Tovar sobre “las distorsiones de la izquierda”:

Después a la llegada del general Ruiz Novoa al comando del ejército, institucionalizó la idea, en la acción cívico-militar, ya con nombre propio. Se creó el famoso “plan lazo”, que fijese usted hasta dónde la izquierda revolucionaria puede deformar una idea, “lazo” con “z” fue el nombre de ese plan, que significaba enlazar las agencias del Estado capaces de aportar factores de solución a los problemas de violencia, educación, salud, reforma agraria y ellos le cambiaron la “z” por la “s” y le dieron las iniciales en inglés L.A.S.O (Latin American Security Operation). (Torres del Río y Rodríguez, 2008: 325)

El día primero de junio de 1967, el diario *El Siglo* publicó un especial del Ejército Nacional debido a su 60 aniversario, en el cual se encuentran amplias entrevistas al ministro de defensa Gerardo Ayerbe Chauz, al comandante general de las Fuerzas Armadas y al comandante del Ejército, y en donde

se esboza la visión de los militares frente a la lucha insurgente y algunas de sus tácticas para combatirla. El primer dato sobre la modernización de las Fuerzas Militares lo provee el ministro de defensa, quien al comenzar haciendo unas anotaciones sobre la guerra de guerrillas y al ser interrogado por los planes de la institución, dice:

Solamente puedo decirle que con ellos se busca el mejoramiento de la preparación técnica del personal y de los servicios técnicos y administrativos de las distintas fuerzas. Aspiramos a unas fuerzas Armadas más flexibles, más móviles y con mayor autonomía logística. (El Siglo, 1967)

Esta afirmación ilustra perfectamente la reconfiguración del Ejército colombiano para combatir el poder irregular de las guerrillas, claramente conectada con dinámicas a nivel internacional y que tiene, sin duda, una conexión con la transformación que se da desde Estados Unidos. Como es de esperarse, esta reestructuración va acompañada de la Acción Cívico-Militar, sobre la cual el ministro respondió en lo concerniente a su continuación:

Efectivamente se incrementará la Acción Cívico Militar con planes mixtos de gobierno y Fuerzas Armadas en las zonas afectadas por los focos subversivos y en áreas vecinas a dichos focos. Estos planes comprenden algunas carreteras, caminos vecinales, titulación de tierras, créditos dirigidos, escuelas, instrucción agropecuaria, salubridad, comunicación, educación y obras de bienestar común. (El Siglo, 1967)

Imagen 1. Sin colaboración civil no habrá paz en Colombia.



Fuente: El Siglo, 1 de junio de 1967.

E inmediatamente añade la frase que irá en la portada de ese día en el diario: “Sin colaboración civil no habrá paz en Colombia” (véase Imagen 1). Así pues, la prensa de la época creó la apariencia de que toda la institución se había volcado a la tarea de “ganar las mentes y los corazones” como planteaba el mismo sucesor de Kennedy, Lyndon Johnson. A pesar de que no puede creerse en una homogeneidad dentro de las Fuerzas Militares, incluso sus mismos archivos intentan demostrar tal cosa. Ugarriza y Pabón, por ejemplo, mencionan la percepción del Ejército sobre las causas de la violencia en la formulación del Plan de Operaciones Lazo del Comando del Ejército en 1962:

La cuestión hundía sus raíces en la idiosincrasia [...] en la propensión de cometer toda clase de excesos que solamente podrían ser contenidos con una profunda educación cristiana; en el bajo nivel de vida de los pobladores de muchas regiones del país en donde había déficit de vivienda, alimentación, vestuario, altas tasas de fecundi-

dad, altas tasas de mortalidad, explotación laboral infantil; y en las notorias diferencias entre las clases sociales. (2017: 56)

Además de lo anterior, los militares argumentaban, entre la mención a la crisis moral y debilidad institucional, que la violencia estaba alimentada por el bajo nivel cultural ligado a las altas tasas de analfabetismo, por las fallas y los costos de la educación privada, por la desinformación de los medios, la falta de cultura política que los hiciera conscientes de sus derechos, obligaciones, deberes y libertades políticas y electorales (2017: 56).

Al parecer, había personajes dentro de la institución que se tomaban muy en serio su tarea de exterminar la violencia y el comunismo desde lo social y lo militar, como es el caso de Álvaro Valencia Tovar, coronel en ese momento de la V Brigada en Bucaramanga, Santander —la zona de influencia del ELN—, quien le dio una entrevista a *El Siglo*, publicada el día 3 de junio de 1967 bajo el encabezado de “En Colombia no hay Estado Guerrillero”. En esa entrevista Valencia Tovar habla de los avances en la Acción Cívico-Militar pero también de los límites que tiene por la falta de presupuesto:

Considero que los resultados son estimulantes tanto en el orden urbano donde han podido realizarse campañas de mejoramiento intelectual, social y práctico en los barrios más humildes, como en las zonas agrarias donde operan tropas de esta Brigada. Sin embargo, la carencia de medios propios, de presupuesto, de una unidad de ingenieros militares, da a nuestra acción cívico-militar un carácter restringido, que no guarda pro-

porción con la magnitud de los problemas socio-económicos que se afrontan en las zonas agrarias, muy particularmente en aquellas que han sido escogidas para producir trastornos del orden y atentados contra las instituciones (El Siglo, 1967).

La anterior observación demuestra también que, a pesar de la disposición de la institución, donde su materialidad permitió ingresar esta serie de cambios en concepciones y acciones, y a pesar del mayor presupuesto que se estaba invirtiendo en políticas sociales —en comparación con tiempos anteriores—, el sistema y la sociedad colombiana, con sus fracciones de clase en constante choque, no lograron realmente tener un impacto en la reducción de la pobreza.

Pero, por otra parte, ese apoyo civil que buscaba el Ejército no solo se intentó conseguir a través de la Acción Cívico-Militar. Tal y como sucedió con muchas otras expresiones sociales en la segunda mitad del Siglo XX en Colombia, la movilización campesina se institucionalizó con la creación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) en 1964, pues esta

Pretendía atraer al trabajador del agro hacia el bipartidismo, como ya se hacía con los obreros de varios sindicatos [...] la reforma se hizo efectiva en unos pocos campesinos, aliados de las Fuerzas Armadas, tratando de repoblar zonas con presencia guerrillera. Esta táctica contrainsurgente la realizaba el ejército estadounidense en Vietnam. (Calvo, 2007: 110)

Así pues, aunque a grandes rasgos las tácticas y estrategias tanto de la insurgencia

como de la contrainsurgencia han cambiado por el contexto y por los aprendizajes del pasado, ha habido ciertas tácticas que se han mantenido a lo largo del tiempo, siendo la anterior una de ellas, esto es, la institucionalización o atracción de la movilización para mantenerla dentro de ciertas márgenes y, a su vez, utilizarla como contrainsurgencia en todas las formas en las que se pueda presentar. “Mateo”, quien estuvo activo desde 1996 hasta el 2015, relata esa táctica de repoblar las zonas de influencia insurgente:

Se necesitan dos cosas para la existencia de la insurgencia: una base social que la apoye y monte. Los paramilitares junto con militares entonces no solo hacen una saturación del espacio, sino que también atacan a nuestra base social.

Se genera un desplazamiento de esa base social que tenía la insurgencia; conozco el caso del suroeste antioqueño, nos desplazaron a toda la población, que era el área de operaciones del “Che”, y el paramilitarismo puebla otra vez estas zonas, trae gente de otras partes y los ubica en esas casas⁹, entonces después de unos 4, 5 años ya es gente que es base social de ellos.

Nosotros nos replegamos, cuando tratamos de incursionar, nos encontramos con esa realidad, la gente que conocíamos no está,

9. Aunque estos casos son ciertos, “Mateo” en la revisión del artículo señala que, en la mayoría de casos, las personas no necesariamente fueron llevadas por los paramilitares, sino que ellas se ubicaron en el territorio con su consentimiento, lo cual no implicaba que inicialmente hubiese un vínculo entre las partes.

las fincas sí están ocupadas pero las personas las trajeron ellos o vinieron de otras partes o hubo un patrón que los puso ahí, pero en esa convivencia, en ese relacionamiento pues han desarrollado vínculos que van más allá de la identidad política, el vínculo afectivo con esas organizaciones (Comunicación personal, 7 de noviembre de 2017).

Setentas, la implementación de las estrategias: la negación

1973 en Antioquia, la Operación Anorí

En la década inmediatamente posterior se materializa todo lo planeado por las partes durante los sesentas, culminando esto en el desarrollo de una de las más importantes operaciones militares de la época y el más duro golpe asestado al ELN: la Operación Anorí. Por un lado, el ELN cometió todos los errores que auguraba la estructura y las concepciones que adoptó desde su conformación: su posición doctrinaria llevó al fusilamiento de varios combatientes, a muertes innecesarias y poco tácticas, como la de Camilo Torres, lo cual, junto con otras cuestiones, fueron generando una crisis interna previa a la Operación. El verticalismo quizá fue uno de los factores que más influyó en cometer los errores en el desplazamiento por Antioquia, pues, como relata “Mateo”:

Lo que usualmente hacemos en la actualidad es que mandamos una unidad encargada de ir a hacer un reconocimiento, no hubo ese reconocimiento. Entonces los compañeros llegan a un terreno donde desconocen las condiciones topográficas, que son antitácticas, en el sentido de que había dos ríos, el Porce y el Nechí, que en época de invierno son infranqueables, no es posible cruzarlos, y es una barrera natural que los arrincona y que genera el declive militar que nosotros tuvimos ahí. Porque llegó un momento en el que los compañeros no tenían a dónde ir, fueron acorralados (Comunicación personal, 7 de noviembre de 2017).

Todas estas debilidades las tenía muy estudiadas el Ejército, quien sacó mucho provecho de todos los errores de la organización armada previos al “ataque final”. Al respecto, Ugarriza y Pabón (2017) señalan:

Los documentos militares reflejan debilidades estructurales en el primer ELN tales como los problemas de liderazgo, la falta de compartimentación para proteger su información, la falta de cohesión interna, su aislamiento de los movimientos sociales afines a la ciudad, la falta de disciplina interna ideológica, la vulnerabilidad de las redes de apoyo por capturas masivas, la decisión de concentrar guerrilleros en unos pocos territorios, la infiltración de inteligencia de las fuerzas militares y el rechazo general entre la población a su decisión de acudir al secuestro. (pág. 78)

Con respecto a la aplicación de las estrategias del Ejército, *El Siglo* publica, desde el 21

de septiembre de 1973, una serie de notas sobre la Operación que ilustran esa aplicación y narran, repitiendo las palabras de los militares, la “ofensiva total contra el ELN”, apelando tanto al apoyo civil, como a la acción rápida para el exterminio definitivo. Por un lado, entonces, ese 21 de septiembre se transcribe bajo el título de “Capturado Hermano de Fabio Vásquez Castaño” un comunicado de la IV Brigada, que después de describir los capturados y los elementos confiscados, destaca el importante apoyo de la población de la región:

Las gentes del municipio de Anorí han tomado conciencia de sus deberes como ciudadanos de bien, y la colaboración que le han venido ofreciendo a las tropas ha sido uno de los factores decisivos para lograr los éxitos antes mencionados. (El Siglo, 1973)

Así pues, el Ejército se aprovechó de la poca preparación del ELN no solo en materia militar, sino también de su descuido del trabajo político-organizativo que, como se mencionó previamente, se debió a su creencia en la subordinación de lo social a lo militar y en que las “condiciones ya estaban dadas”. Es en este punto que Jairo Fuentes hace la comparación de la Operación Anorí con el operativo contra el Che en Bolivia, diciendo que:

La estrategia que ellos hacen es no solo la de copar militarmente el terreno, sino de aprovecharse de esa falta de trabajo político en la base campesina e indígena para entrar con los estigmas que siempre se han acosumbrado [...] y van haciendo eso dejando

incluso dos o tres soldados por casa, no solo por si los guerrilleros llegaban, sino además ayudándoles a las labores diarias y domésticas. Eso mismo hicieron en Antioquia, cuando el Ejército descubre que está una gran columna guerrillera en la zona, hacen exactamente lo mismo: dejan un soldado por casa. Eso no les garantizaba que el soldado pudiera combatir a la guerrilla en caso de que llegara, sino era haciendo el trabajo de decirles exactamente lo mismo (Comunicación personal, 7 de noviembre de 2017).

El otro aspecto que los militares resaltaron de la Operación Anorí, se debió a la cantidad de efectivos y de materiales que se desplazaron a la zona para cercar las 4 divisiones del ELN que se habían asentado allí. El 22 de septiembre, *El Siglo* publica el titular en portada “Sin Alimentos ni Ropas Bandideros del E.L.N.”, lo cual demuestra esa misma táctica de crear un cerco y de concentrar todas las fuerzas en un solo punto. Días más tarde, también se expresa en el diario otra afirmación que permiten ilustrar lo anterior como aquello que los militares explicaban por Plan Lazo —enlazar, acorralar—: “Se cierra cerco sobre los focos bandoleros la mayor ofensiva del ejército colombiano contra los elementos alzados en armas” (El Siglo, 1973).

El 26 y el 27 de septiembre se amplía la información de la operación, que *El Siglo* llama Operación Limpieza u Operación Envolvente, y vuelve a expresarse esa visión de que el Ejército tenía e intentaba implementar una forma de actuar rápida y definitivamente contra el “comunismo” y los “antisociales”:

La tarea terminará una vez haya sido exterminado el último foco de la subversión en el país y agregó que “la guerra de nuestros soldados ha sido una guerra contra las fuerzas sucias, fuerzas oscuras, tal como son calificadas por los teóricos de la lucha antiguerrillera”. “Sin embargo, mientras los bandoleros han asesinado a nuestros soldados, estos han sido nobles y elegantes con los que se han entregado y solo han sido abatidos aquellos que opusieron resistencia”. (El Siglo, 1973)

La contrainsurgencia ideológica y la contradicción de fracciones

El apoyo civil que necesitaba el Ejército y que, en efecto, consiguió durante este periodo, solo fue posible a través de toda una campaña mediática que incluía prensa, conversaciones cotidianas e incluso todo un discurso en centros educativos en contra de la insurgencia civil y armada, siendo ese apoyo fruto de propaganda blanca, gris y negra (Zelik, 2015).¹⁰ Esta campaña mediática en prensa no se limitaba a la narración de hechos ocurrido en Colombia con un lenguaje claramente marcado

10. La propaganda blanca consta de pronunciamientos oficiales del gobierno, mientras que en la propaganda gris se oculta la autoría, fortaleciendo y haciendo uso de los rumores. Por último, está la propaganda negra, cuyo objetivo es la desinformación sistemática en torno a las actividades del enemigo, lo cual implica, entre otras cosas, la difusión de declaraciones adulteradas, que se publican en nombre del enemigo. De este modo, se busca crear un clima de incertidumbre e intimidación entre las bases de la insurgencia y un rechazo más claro hacia los rebeldes por parte de la población indecisa. (Zelik, 2015: 85)

por posiciones políticas, sino que incluía notas diarias de batallas del “bien contra el mal” a nivel internacional y un sinnúmero de columnas de opinión contra “el bolchevismo”, “el marxismo” y “el comunismo”.

Paralelo a la publicación de la Operación Anorí en *El Siglo*, se dio también la publicación de toda la situación chilena después del golpe de Estado contra Salvador Allende, mínimo de cuatro notas diarias de desprestigio a la Unidad Popular y al propio presidente, como también de defensa a la Junta Militar y a Pinochet en particular. Toda la cobertura a esta situación se debía a la necesidad de crear un ambiente de miedo hacia el socialismo que genera problemas económicos, vicios en la sociedad y destrucción de la familia, tal y como sucedía en Chile y en cualquier país que adoptara esas medidas.

De esta manera se justificaba todo el esfuerzo militar y toda la represión social en contra la insurgencia que amenazaba a Colombia. Notas como “En 3 años, Unidad popular no construyó una escuela en Chile” (21 septiembre), “Marxismo fuera de control en Chile” (22 septiembre), “Quema de literatura ordena Junta Militar Chilena” (25 septiembre) y “Trato humanitario se da a presos en Chile” (26 septiembre); o “La táctica Bolchevique” (21 septiembre), “¿Colombia socialista?” (22 septiembre), “La mano comunista” (22 septiembre), solo son una pequeña muestra del bombardeo informático que se desataba solo con abrir un diario.

Pero en los setentas el proyecto contrainsurgente que intentaba mezclar lo militar, lo social y lo ideológico no se materializó tal cual en Colombia. Un ejemplo de esto es que la táctica contrainsurgente de refor-

ma agraria se negó con el Pacto de Chicoral en 1972, que se plasmó en las Leyes 4 y 5 de 1973 (Gómez, 2017). Así pues, esta década quedó marcada por la desinstitucionalización —impulsada por terratenientes— de la Ley 135 de 1961, lo cual volvió a demostrar los límites que tuvo la democracia de las fracciones dominantes para crear un equilibrio entre pobres y ricos acorde a la cruzada mundial contra la insurgencia armada. Así pues, la realidad es que la contención de un cambio del sistema capitalista se mantuvo con acciones militares y propaganda anticomunista, dejando muy atrás ese desarrollo social de la Alianza para el Progreso y del Concilio Vaticano II, e impulsando el compromiso civil más con la idea del patriotismo y de la entrega incondicional a la nación.

Ochentas, el aprendizaje: la afirmación en la negación

El “viraje” del ELN

Después del gran declive del ELN en 1973, fue lento el proceso de recuperación y de reestructuración, “desde Anorí hasta 1980, el Ejército solo registraba tres ataques a poblaciones, el secuestro de [2] extranjeros en Cesar [...] así como ‘la izada de la bandera en una escuela de Bucaramanga’” (Ugarriza y Pabón, 2017: 150). Con todos los golpes a las estructuras rurales y urbanas, fueron pocos los que sobrevivieron para levantar al ELN. La gran influencia de académicos y so-

bre todo religiosos trazó el camino para una guerrilla diferente, más horizontal, menos doctrinaria, más incluyente, con más trabajo político. Ya sin la presencia de Fabio Vásquez, la reconstrucción comenzó a darse de una manera muy particular:

Cuando cae la mochila de Fabio, donde teníamos toda la vinculación urbana, se genera una persecución a nivel urbano y, es una deducción propia, pero pienso que eso hizo que las personas que estaban dentro de la dinámica social contribuyeran a nutrir las experiencias rurales. Pero sí debo decir que para el caso de nosotros los elenos, muchas estructuras, muchos acumulados, más que obedecer a una orientación de una comandancia centralizada, obedeció a iniciativas particulares de compañeros, entonces se ubicaron en las zonas y comenzaron a construir. Esos acumulados en diferentes sectores logra [sic] generar un espacio de articulación y fue ya en la Reunión de Anacoreto que venimos, nos encontramos “¿bueno y usted qué?, ¿quiénes son? y ¿qué hacen?”, “somos nosotros, hacemos esto y estamos en tal parte” y se empieza a articular una dirección nacional (“Mateo”, Comunicación personal, 7 de noviembre de 2017).

Con una nueva dirección de la organización y teniendo presente los errores que se cometieron por sus concepciones ontológicas tan rígidas, este grupo insurgente tiene en 1986 su I Congreso Nacional en el que declara superada la crisis, afirman oficialmente su opción por el relacionamiento con otras organizaciones —en 1985 se había constituido la Coordinadora Nacional Guerrillera—, se adopta el modelo de la Guerra

Popular Prolongada, haciendo las anotaciones de que el Ejército revolucionario del campo no podrá provocar, por sí solo, la insurrección en las ciudades, por lo que debe darse la articulación de las fuerzas militares de ambos escenarios. Además, se plantea que la ofensiva, más que centralizarse en lo militar, también lo hace en el político, pero no a través de un órgano partidista, sino de la construcción de instituciones e instrumentos de poder popular (Aguilera, 2006: 291).

Esta nueva estrategia, basada en el aprendizaje de los setenta, les permitió entrar en el periodo de mayor crecimiento que han tenido, que comprendió los años 1986 a 1993, y en el que incluso llegaron a generarle grandes temores a las clases dominantes como a los fieles creyentes de la unidad en la patria. La revista *Semana*, en diciembre de 1982, al hacer un reportaje sobre lo que denominó “El secuestro del año”, es decir, el secuestro al hermano del presidente Belisario Betancur, Jaime Betancur, narra “La terrible reaparición del ELN” a través de las acciones de esta guerrilla ese mismo año:

El 30 de junio de este año el ELN hizo estallar una serie de bombas en Bucaramanga. El 4 de julio hizo otro tanto en Medellín, mientras que en Bogotá se tomaba el Banco Cafetero y el ICA, matando a dos policías y llevándose 15 millones de pesos; ese mismo día, se tomó las emisoras de Todelar en Popayán para difundir proclamas de su organización y denunciar “la farsa del gobierno de Betancur”. El 5 de julio, colocaron explosivos en las instalaciones de Paz del Río; el 7 de julio se tomaron la agencia France Press en Bogotá, y transmitieron a todo el mundo un texto rechazando la am-

nistía; el 17 de julio, en Medellín, mataron tres miembros de la policía motorizada, y en el municipio de Amalfi asaltaron dos corregimientos; el 18 del mismo mes ocuparon otro caserío en El Bagre, Antioquia. / El sábado 17 de septiembre, a las 9:30 hora colombiana, 10:30 hora venezolana, llevaron a cabo la más espectacular de sus acciones en el año: la toma de un puesto de la Guardia Nacional venezolana en Cutufí, un pequeño pueblo limítrofe del vecino país. (Semana, 1983)

El crecimiento del ELN, pues, venía desde 1982 pero pareció multiplicarse para 1987 debido a la arremetida militar que se generó con la integración de varias organizaciones armadas en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB). El Siglo, el 5 de septiembre de 1987, 22 días antes de la oficialización de la CGSB, publica mensajes de rechazo de los militares hacia la ola de violencia e ilustra este recrudecimiento del conflicto con el número de bajas entre enero y agosto (véase Imagen 2).

Imagen 2. Víctimas de la violencia. Enero-agosto 1987.



Fuente: El Siglo, 5 de septiembre de 1987.

Más tarde, cuando el ELN propuso convertirse en un ejército regular debido a su crecimiento y a las exigencias impuestas por el accionar de la contrainsurgencia, la construcción de poder popular se descuidó y prevaleció la intransigencia e intimidación de las armas, tanto del lado de la organización cuando la dinámica de la guerra lo exigía o cuando se salía de las directrices de los mandos¹¹ como de la contrainsurgencia encarnada en los paramilitares, lo que le hizo perder el apoyo social en las regiones.¹² Jairo Fuentes y “Mateo” son los que proponen la idea de que no fueron las estrategias contrainsurgentes, a pesar de sus reconfiguraciones e intensificaciones, las mayores responsables del declive de la insurgencia, el mismo accionar de esta jugó también un papel importante.

11. En la revisión del artículo, Jairo Fuentes y “Mateo” aclaran que, al ser el ELN una organización federada —con Comando Central—, los frentes de guerra tienen una cierta independencia en la forma de operar que se deriva de las circunstancias propias del territorio, es por esto que no es posible presentar las acciones del ELN como homogéneas. Los Congresos, en los que definen líneas estratégicas, establecen unas directrices que los frentes deben cumplir, pero no siempre ocurre; sin embargo esos serán casos particulares y no del conjunto de la organización. No puede afirmarse, entonces, que el ELN se volcó a lo meramente militar y dejó a un lado el trabajo político-organizativo, sino que esto sucedió en ciertos casos.

12. En la revisión del artículo, “Mateo” hace la siguiente anotación: sin dejar de reconocer errores, la organización reconoce también que las zonas en las que hubo mayor fortalecimiento militar son en las que ahora podemos hacer presencia y que, de no habernos proyectado dicho fortalecimiento, habríamos sido exterminados por el proyecto de las FARC en contra del ELN.

Yo no digo que el enemigo no tuvo capacidad para cortar nuestras líneas de abastecimiento, pero para mí, gran parte de esas líneas y de ese afecto con esa población las perdimos por errores nuestros, por actitudes nuestras, por creernos que todo el mundo tenía que hacer lo que dijéramos (Fuentes, J. Comunicación personal, 7 de noviembre de 2017). Sí fueron errores nuestros, errores también en la financiación, tanto así que llegó un momento en el que la organización tuvo que definir líneas claras: “a partir de aquí se cobra un impuesto”. Pero también el paramilitarismo logró posicionar el terror y el miedo (“Mateo”, Comunicación personal, 7 de noviembre de 2017).

La contrainsurgencia: “¡Agárrenlos del cuello. Los corazones y las mentes irán detrás!”¹³

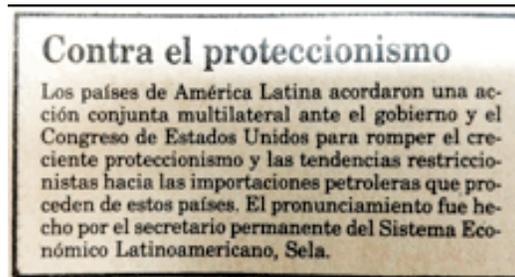
Las ganancias de la lucha de varios sectores de la sociedad durante las dos décadas pasadas, hicieron que la forma de protección del sistema capitalista se hiciera insostenible, por

13. Un grupo de aviadores de la Armada que regresan de Vietnam, reunidos en un almuerzo [...] comentaba la apresurada visita del Presidente Johnson a aquel país. Sonrieron al recordarse la exhortación del presidente acerca de “ganar las mentes y los corazones” de los vietnamitas. Esto les pareció demasiado alto comparado con las realidades de la guerra. Después de la visita del presidente, contaron, [un] grupo de marinos pintaron este lema en algunos de los aviones de bombardeo: “¡Agárrenlos del cuello. Los corazones y las mentes irán detrás!”. (El Siglo, 1967)

lo que los ochentas se caracterizan por ser el desmonte de toda “contrainsurgencia social” y, además, por optar por el pragmatismo militar acompañado de los recursos propagandísticos. La estrategia estadounidense de la intervención rápida y flexible, se transformó con el concepto de guerra de baja intensidad. Sam Sarkesian —teniendo en cuenta las experiencias previas que no fueron muy fructíferas— decía que la respuesta de Estados Unidos frente a la flexibilidad de las guerrillas debido a la guerra irregular y su adaptación en el territorio, debía ser la dimensión político-psicológica (Zelik, 2015: 57).

La crudeza de la guerra, que no permitía ganarse las mentes y los corazones, sumada al crecimiento de las insurgencias armadas generaron, pues, un cambio en la estrategia contrainsurgente de norte a sur. En Colombia, este vuelco meramente militarista, que va de la mano con la implementación de medidas neoliberales, se plasmó en los diarios de la época, junto a toda la estrategia propagandística contrainsurgente y junto a las noticias que narraban los cambios políticos y económicos. En el plano internacional, noticias sobre la apertura de China y sobre las conversaciones entre Reagan y Gorbachov se volvían parte de la cotidianidad, mientras que en el plano local, las noticias sobre la Convención cafetera en Londres para acabar con la restricción de los precios del café y titulares como “Contra el Proteccionismo” —que se encuentra en la Imagen 3—, mostraban cómo el vuelco internacional impactaba en el país para desmontar las mínimas restricciones que protegían a los productores colombianos. El neoliberalismo estaba por fin llegando sin velo y la prensa lo registraba.

Imagen 3. Nota sobre el cambio neoliberal en portada de *El Siglo*.



Fuente: *El siglo*, 3 de septiembre de 1987.

Así pues, desde principios de la década comienza a materializarse la militarización de la contrainsurgencia cuando el Ejército activa, según el Ministerio de defensa en 1982

65 nuevas unidades tácticas y operativas, y unos 240 batallones, compañías, grupos, escuelas y comandos [...] [y hace] un esfuerzo por mejorar la calidad de sus acciones, mediante el robustecimiento de sus servicios de inteligencia, y de la destinación de mayor tiempo de entrenamientos psicológico, moral y táctico de sus soldados bachilleres y regulares. (Ugarriza y Pabón, 2017: 130)

Esto, sin embargo, no era ni suficiente para enfrentar a las guerrillas ni lo único que tenían planeado hacer. Realmente el crecimiento de las Fuerzas Militares solo se hizo notorio desde 1987, debido a “la brecha estructural entre las necesidades financieras de este esfuerzo y las destinaciones presupuestales” (Ugarriza y Pabón, 2017: 131). Los diarios, entonces, también relataron este lento proceso de modernización de las Fuerzas Militares a través del incremento de su presupuesto, mostrando en las discusiones un enfoque de aumentar el grueso del Ejército sin volver a hacer mención de

reformas sociales. Los meses de septiembre y de octubre de 1987, ya constituida la CGSB, funcionarios del gobierno y el Congreso discuten diferentes fórmulas para la financiación, por lo que el 17 de septiembre de ese año sale en primera plana de *El Siglo* el presupuesto tentativo, el cómo se financiará y para qué se utilizará:

Las Fuerzas Armadas podrían casi cuadruplicar sus recursos en los próximos tres años si se abre paso hoy a la iniciativa [...] de reorientar 600 millones de dólares de los recursos externos que va a recibir el país para reequipar y modernizar esa institución. [...] Ante la imposibilidad de cargar todos los gastos de modernización de las Fuerzas Armadas al presupuesto nacional. [...] Los recursos de crédito externo que se reorientarían serían destinados exclusivamente a la adquisición de equipos y modernización de la infraestructura militar. (El siglo, 1987)

Por otra parte, en esta reconfiguración de la estrategia contrainsurgente se ve de nuevo la unidad de diferentes fracciones de clase, pues el 11 de septiembre de ese año, *El Siglo* publica una noticia relacionada con la financiación de las Fuerzas Militares, en la que se habla del apoyo de los industriales, en cabeza de Fabio Echeverri —presidente de la Asociación de Industriales—, al aumento del pie de fuerza al decir que “los industriales estarían en capacidad de sufragar los nuevos gravámenes dada la delicada situación que en los órdenes interno y externo afronta el país” (El Siglo, 1987).

La estrategia ideológica contrainsurgente sobre la población civil igualmente es fácil de identificar en diarios como *El Siglo*. Por una parte, se plasmó el giro de la iglesia católica sobre el Concilio Vaticano II, el Papa Juan Pablo II arremetía contra todos los sacerdotes afines a la Teología de la Liberación y los titulares resaltaban su mensaje de “Luchar por los pobres sin violencia” (El Siglo, 1987). Se publicaban también noticias diarias sobre la situación en Nicaragua y el apoyo de Reagan a los Contras. Por otro lado, unos días después de constituida y anunciada la CGSB, el ministro de defensa Rafael Samudio Molina, instó a los colombianos a izar la bandera el día 4 de octubre (véase Imagen 4) como muestra de “amor patrio, de conciencia ciudadana, y sentido del deber ineludible de respaldar la legitimidad y las instituciones” (El Siglo, 1987).

Al día siguiente de la izada del “Pabellón Nacional” (El Siglo, 1987) se publicó una nota titulada “A pesar de todo” (Imagen 5), la cual se refería que, a pesar de la pobreza de los ciudadanos, estos cumplieron el deber patrio de mostrarle a las guerrillas una Colombia unida y respetuosa de las instituciones, asegurando que “en todas las ciudades del país se vivió toda una jornada de nacionalismo” (El Siglo, 1987.). Esta clase de acciones hicieron bastante claro que se había dejado de lado las reformas sociales para ganar el corazón de las personas y que la contrainsurgencia se mantendría con ideología y fuerza militar.

Imagen 4. Propuesta de izar la bandera después de la constitución de la CGSB.



Fuente: El Siglo, 4 de octubre de 1987.

Imagen 5. Respuesta ciudadana a izar la bandera.



Fuente: El Siglo, 5 de octubre de 1987.

A modo de cierre

El presente artículo no intenta hacer una historia detallada de las Fuerzas Militares colombianas o del Ejército de Liberación Nacional, solo intenta hacer una pequeña muestra de cómo sus acciones se han configurado a partir de un contexto y de las estrategias de su adversario, nunca por decisiones aisladas. Además, intenta aportar a la demostración de que la historia no es lineal, su desarrollo es más que todo dialéctico por la misma naturaleza de la sociedad que la mueve. La heterogeneidad de esta, las fracciones de clase y las clases sociales, los consensos y las contradicciones se traducen en un vaivén de los proyectos, acciones o medidas de las “democracias modernas”.

Por otra parte, la interpretación tanto de los relatos que se presentan aquí como de la información que aportan libros y diarios, intenta dar respuesta a ciertos fenómenos de la sociedad colombiana, como lo es la relación entre la insurgencia armada y civil, es decir, el apoyo de algunos sectores a las guerrillas, como también su rechazo a ellas. Los innumerables esfuerzos contrainsurgentes que le apostaron a la propaganda, a la fuerza militar y al apoyo civil hicieron su parte en el rechazo que se ha generado sobre la guerrilla, pero fue mas que todo el mismo proyecto militar de estas el que constituyó un rechazo en su base social inmediata, esto es, los campesinos que viabilizan el accionar insurgente, los que ofrecen un vaso de agua, un plato de comida y un aviso cuando es más necesario.

Así pues, conocer el proceso contradictorio de la insurgencia y contrainsurgencia posibilita comprender las dinámicas sociales y políticas actuales, la forma

en la que se comunica la información y las reacciones que ello genera, el rechazo o el apoyo que se produce alrededor de ciertas iniciativas o, incluso, el porqué se desarrollan de la manera en la que lo hacen situaciones como el proceso de paz con las FARC, su errática implementación y el difícil diálogo del gobierno con el ELN. De esta manera, podría plantearse que, la espiral que se configuró durante la Guerra Fría, ha llegado a esta época con una apariencia de transparencia y neutralidad que ha mantenido las mismas formas de relacionamiento social con estrategias heredadas de los ochentas: las ideas y discursos se imponen sobre los cambios sociales como contención de la insurgencia civil.

Referencias

- Aguilera, M. (2006). El Ejército de Liberación Nacional entre las armas y la política. En IEPRI. *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia* (págs. 209 - 266). Bogotá: Norma.
- Calvo, H. (2007). *Colombia, laboratorio de embrujos. Democracia y terrorismo de Estado*. Madrid: Ediciones AKAL.
- 14 bajas y 36 en poder del Ejército. (25 de septiembre de 1973). *El Siglo*.
- A pesar de todo... (5 de octubre de 1987). *El Siglo*.
- Capturado Hermano de Fabio Vásquez Castaño. (21 de septiembre de 1973). *El Siglo*.
- ¡Colombia entera una sola bandera! (4 de octubre de 1987). *El Siglo*.
- Comentarios sobre Johnson. (4 de junio de 1967). *El Siglo*.
- En Colombia no hay Estado Guerrillero. (3 de junio de 1967). *El Siglo*.
- La lucha subversiva puede ser larga si no hay colaboración. (1 de junio de 1967). *El Siglo*.
- Ofensiva total contra el E.L.N. y las F.A.R.C. (26 de septiembre 26 de 1973). *El Siglo*.
- Sin Alimentos ni Ropas Bandoleros del E.L.N. (22 de septiembre de 1973). *El Siglo*.
- Sin confirmar la emisión de bonos de apoyo a FF.AA. (11 de septiembre de 1987). *El Siglo*.
- Solicitan una Reforma Agraria Integral. (2 de junio de 1967). *El Siglo*.
- US\$600 millones para dotación de las FF.AA. (17 de septiembre de 1987). *El Siglo*.
- Víctimas de la violencia. Enero-agosto 1987. (5 de septiembre de 1987). *El Siglo*.
- Franco, V. L. (2009). *Orden contrainsurgente y dominación*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Gómez, A. (2017). Colombia: ¿la imposibilidad de la reforma rural integral? Los orígenes del problema agrario y su relación con el conflicto armado. En E. Revéz, J. A. Ocampo, F. Thoumi, F. Giraldo, J. I. González, D. Otero, . . . E. Forero, *La academia y el proceso de paz* (págs. 221- 250). Bogotá: Academia Colombiana de Ciencias Económicas.
- Harmer, T. (2014). Chile y la Guerra Fría interamericana 1970-1973. En T. Harmer, y A. Riquelme, *Chile y la Guerra Fría global* (págs. 193 - 223). Santiago de Chile: RiL editores.

- Jessop, B. (2001). Institutional re(turns) and the strategic-relational approach. *Environment and planning*, 1213-1235. Recuperado de <http://journals.sagepub.com/doi/pdf/10.1068/a32183>
- Leal, F. (junio de 2003). La doctrina de seguridad nacional: materialización de la guerra fría en América del Sur. *Revista de Estudios Sociales*(15), 74-87. Recuperado de <http://www.re-dalyc.org/articulo.oa?id=81501506>
- Pettina, V. (2010). La intrusión de la Guerra Fría: la diplomacia norteamericana y el conflicto con Fidel Castro, 1956-1958. En R. García, *Guatemala y la Guerra Fría en América Latina 1947-1977*. (págs. 81-171). Guatemala: Centro de Estudios Urbanos y Regionales.
- Pizarro, E. (9 de Mayo de 2004). Marquetalia: el mito fundacional de las Farc. *UN Periódico* (57). Recuperado de <http://historico.unperiodico.unal.edu.co/ediciones/57/03.htm>
- Rodríguez Bautista, N. (1993). *Ejército de Liberación Nacional. Una historia*. Recuperado de <https://eln-voce.com/descargas/libros/el-n/021-DOS-VOCES.pdf>
- El secuestro del año. (26 de diciembre de 1983). *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-secuestro-del-ao/4517-3>
- Torres del Río, C., y Rodríguez, S. M. (2008). *De milicias reales a militares contrainsurgentes: la institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Ugarriza, J., y Pabón, N. (2017). *Militares y Guerrillas. La memoria histórica del conflicto armado en Colombia desde los archivos militares 1958 - 2016*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Uribe-López, M. (2013). Estilo de desarrollo y estilo anticampesino en Colombia. *Cuadernos de Economía*, 32(60), 505-535. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/ceconomia/article/view/40122/42280>
- Zelik, R. (2015). *Paramilitarismo Violencia y transformación social, política y económica en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

AINKAA 